

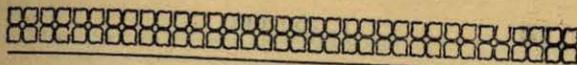
—¡Marcharse usted!—repitió Elena—. ¡Marcharse usted!

Miró al joven frente á frente. Vió aquel rostro delicado, aquella mirada conmovida, cuya dulzura la acariciaba, aquella boca fina y que temblaba aún por las palabras pronunciadas hacía un instante. El pensamiento de que se vería privada para siempre de la presencia de Pedro presentóse ante ella con una precisión físicamente intolerable, al mismo tiempo que la evidencia de la dicha si ambos se abandonaban al profundo instinto que les llevaba el uno hacia el otro. La voluntad cedió al deseo, que se apoderó de ella con irresistible fuerza, y sintiendo en voz alta, dijo

—¡Usted no partirá! ¡No! ¡No puede usted partir! Yo no tengo nada verdadero en torno mío, ¡nada! ¡nada! ¡nada! ¡Y si le perdiera á usted...!

Se levantó con un movimiento apasionado que hizo levantarse también á Pedro, y aproximándose á él, los ojos en sus ojos, con una belleza da aparición—de tal modo su admirable rostro estaba iluminado por el resplandor de su alma que asomaba á sus pupilas y á sus labios—, le cogió las manos, y le dijo, como si hubiera querido en aquella presión y en estas palabras mezclar lo más íntimo de sus dos seres:

—¡No! ¡Usted no me abandonará! ¡No nos separaremos, porque usted me ama y yo le amo á usted!



V

EN EL MAR

Quince días habían transcurrido desde que la señora de Carlsberg, á pesar de sus promesas, de su resolución y de sus remordimientos, había confesado á Pedro Hautefeuille la pasión que sentía por él. La fecha fijada para la partida de la *Jenny* había llegado, y ambos se encontraban de pie, el uno junto al otro, sobre el puente del yate, que llevaba también á la marquesa Bonnacorsi en camino para su fantástico matrimonio; á miss Marsh, su confidente; á la linda señora de Chesy y á su marido; bastante gente en suma para ocupar de continuo al comodoro. Así llamaba en broma Florencia á su tío el infatigable Ricardo Carlyle Marsh, el que, en efecto, no abandonaba el estrecho puente, dirigiendo la maniobra como un marino. Para el potentado de Marionville, tener un carruaje y no guiarle, cruzar el mar en un yate y no dirigirle, era como no tener ni carruaje ni yate. Lo decía él mismo.

—Si mañana me arruinase, sé veinte oficios con los que podría ganarme la vida. Soy maquinista, cochero, carpintero, piloto.

Aquella tarde, cuando la *Jenny* bogaba con rumbo á Génova, estaba en su puesto con el antejo en la mano, los mapas ante él, cubriendo su cabeza con la galoneada gorra del marino, y su atención para dirigir la maniobra era tan grande, tan escrupulosa, como si nunca hubiera tenido más ocupación que dar órdenes á los marineros. Poseía en grado sumo el rasgo común á los grandes trabajadores, esa capacidad de entregarse por entero á la ocupación actual. Para él, en tal momento, aquel vasto mar azulado y apenas agitado, no era más que un lugar donde entregarse al placer de la lucha por la lucha, el verdadero, el único placer nacional de los anglosajones. A quinientos metros de la *Jenny*, adelante, á la derecha, dibujábase el armamento de otro yate pintado de negro, más bajo, que marchaba á todo vapor. Era la *Dalilah*, el barco de lord Herbert Bohun. Más lejos todavía, siempre adelante, pero á la izquierda, otro yate caminaba en la misma dirección, blanco como la *Jenny*, pero de mayor volumen. Era el *Albatros*, el juguete preferido de uno de los grandes duques de Rusia. El americano había dejado que estos dos yates partieran de Cannes antes que el suyo, con la intención, bien pronto comprendida por las otras tripulaciones, de adelantarlos, y en seguida entre el Príncipe ruso, el gran señor inglés y el millonario americano, los tres igualmente fanáticos por el *sport*, orgullosos de su barco, como los jóvenes lo están de sus caballos ó de sus queridas, se había establecido un pugilato tácito. A los ojos de Dickie Marsh, con su antejo en la mano, y mientras daba sus órdenes á la tripulación, el paisaje se reducía al triángulo del que los tres

yates marcaban las tres extremidades. No veía el admirable horizonte desplegado en torno suyo. el Estrel, con la larga línea ondulada de sus montañas; el puerto de Cannes y su mole con la vieja ciudad y su iglesia, en una atmósfera tan transparente, que se hubieran podido contar todas sus ventanas, todos sus árboles, tras su muralla; la colina de Grasse, en el fondo; sobre la bahía, la continuación de las blancas quintas entre sus jardines; las islas, semejantes á dos oasis de un verde sombrío, y en seguida la curva de otro golfo, que terminaba en la solitaria punta de Antibes. Y los árboles de aquella punta, como los de las islas; aquellos ramos de pinos parasoles inclinados por un lado, indicaban el drama eterno de aquella costa, la batalla del mistral y de las olas. Pero en aquel instante el drama estaba en suspenso. Dejaba el sitio á la más gloriosa y enervante fiebre de luz. Ni un montón de espuma manchaba la inmensa extensión de zafiro por la que la *Jenny* avanzaba entre un ruido sonoro y fresco de agua desgarrada. Ni una de esas nubes que los marinos llaman *rabos de gato* obscurecía el cielo, donde el sol parecía extenderse, dilatarse, gozarse en un éter completamente puro, podía decirse que había como una conjuración del cielo y del mar para realizar el pronóstico del quíromántico Corancey sobre la travesía del barco que le llevaba á su novia clandestina, y Adriana Bonnacorsi recordaba á Florencia Marsh aquella predicción, mientras que de codos las dos en la baranda del puente y vestidas con trajes iguales, de franela azul y blanca, colores del pabellón de la *Jenny*, hablaban

con los ojos fijos en la *Dalilah*, cada vez más próxima.

—¿Recuerdas lo que dijo en la sala de juego de Monte-Carlo? ¿No es extraordinario que haya adivinado en nuestras manos este tiempo?

—Ya ves como hacías mal en tener miedo—respondió miss Marsh—. Si él ha acertado en una cosa, acertará en el resto. Vamos á pasar la noche más agradable en el mar. Mañana, al alba, ponemos el cabo sobre Génova.

—No tengas tanta confianza—respondió la italiana, extendiendo sus dos dedos en ángulo para conjurar la mala suerte—. Nos traerás desgracia.

—Pero ¿qué desgracia—preguntó la otra—, con este cielo, este mar, este barco y esta tripulación?

—¿Y yo qué sé? ¿Y si lord Herbert Bohun nos sigue hasta el fin y va con nosotros á Génova?

—¡Seguirnos hasta el fin, él en la *Dalilah*, y nosotros en la *Jenny*! ¡Le desafío á que lo haga!—dijo la americana—. Mira cómo le alcanzamos... Pero ¡ten cuidado! Chesy y su mujer se acercan. Y bien, Ivonna—dijo á la Vizcondesa, que se aproximaba vestida de blanco, con los colores del pabellón bordados en el traje—, ¿no le da á usted miedo ir tan de prisa?

—¡A mí!—dijo la otra riendo y respirando á plenos pulmones.— Este aire me emborracha como el Champagne.

—¿Ve usted á su hermano?—dijo Chesy, mostrando con el dedo á la señora de Bonnacorsi á uno de los que estaban en pie sobre el puente de la *Dalilah*—. Está junto al Príncipe. No deben estar muy satisfechos. Voy á darles rabia. Verán ustedes.

Y haciendo tornavoz con sus manos, gritó irónicamente:

—¿Eh, Navajero, quiere usted algo para Génova?

—No oye, ó se hace el sordo—dijo la señora de Chesy—. Yo le haré comprender. El Príncipe no mira, ¿verdad?—Y burlonamente se llevó las dos manos, abiertas, á la nariz.—¡Ah! ¡El Príncipe me ha visto!—continuó, riendo como una loca.

En el momento en que la parisiense se entregaba á esta irrespetuosa niñería, los dos yates se encontraban en la misma línea. Durante un cuarto de hora fueron así, sin que el uno adelantase al otro, devorando el espacio, conmovidos únicamente por la respiración de sus robustos pulmones de acero, vomitando por sus chimeneas negrasc olumnas de humo. Tras ellos quedaba una estela de un verde sombrío sobre el agua azul, como un largo y movente camino de esmeraldas franjeado de plata, por donde caminaba un barco de vela tripulado por unos jóvenes, divertidos en meterse entre los dos barcos. La inmovilidad del suelo del puente en aquella carrera loca era tal, que no se veía agitarse el agua en los vasos de cristal de Venecia colocados sobre una mesilla no muy lejos del grupo que formaban las tres mujeres. Contenían los tales vasos algunas rosas de color rojo y azafrán.

Cerca de ellas estaba la señora de Carlsberg. Habíase quitado el guante de una de sus manos, con la que acariciaba las corolas de las hermosas flores, y miraba con ojos alegres y soñadores á la vez la *Dalilah* y el claro horizonte, á sus compañeros de viaje y al vasto mar, y después á Hautefeuille, de pie junto

á los Chesy, y que sin cesar volvía la cabeza hacia ella. La brisa dibujaba el esbelto cuerpo del joven bajo la blusa de jerga azul marino y el pantalón de franela blanca. Esta misma brisa agitaba dulcemente la ligera tela de la blusa roja que la Baronesa llevaba, y las puntas de su corbata de muselina de seda negra. Ambos jóvenes mostraban en sus pupilas el fuego de la fiebre de vivir que se hermanaba con el brillo del sol de aquella deliciosa tarde. La sonrisa de Pedro, esa tierna sonrisa de un enamorado que se siente amado, asemejábase muy poco al pliegue desdenoso que las bromas de Corancey hacían formarse en los ángulos de su boca quince días antes; y ella, con el leve tinte rosado que coloreaba sus mejillas, tan pálidas de ordinario; con su entreabierto boca, que aspiraba el salobre aroma del mar y el delicado perfume de las rosas; con su frente en calma, iluminada, por decirlo así, parecíase poco á la Ely del jardín de la quinta Brión maldiciendo, bajo las estrellas de la más dulce noche meridional, la impasible belleza de la Naturaleza.

Sentada á algunos pasos de su amado, ¡qué dulce le parecía aquella Naturaleza!—tan dulce como el aroma de las rosas, tan acariciadora como aquella muelle brisa, tan embriagadora como aquel libre cielo y aquel libre mar.—¡Qué indulgencia sentía por los defectillos de las personas de su sociedad, que la otra noche condenaba! Para las dudas eternas de Adriana Bonnacorsi, para el positivismo de Florencia Marsh, para el mal tono de Ivona de Chesy, no tenía más que una sonrisa complaciente. Olvidaba irritarse, como á menudo la sucedía, contra la ino-

cente y cómica importancia que Chesy se daba á bordo del barco. Cubierto con su gorra azul de visera derecha, irguiendo su cuerpecillo, explicaba las razones de la superioridad de la *Jenny* sobre la *Dalilah* y sobre el *Albatros*, empleando palabras técnicas que había oído pronunciar á Marsh, y daba las órdenes para el té.

—Dickie va á aminorar la marcha en cuanto hayamos ganado al otro yate—decía. Y dirigiéndose á un marinero: —John, vaya usted á decir al jefe que todo esté presto para dentro de un cuarto de hora—. Después, dirigiéndose á la señora de Carlsberg: —Aquí está usted mal, Baronesa. Le he dicho á Dickie que debía cambiar estos sillones... ¡Mire usted ese tapiz! ¡Esto es magnificencia! Había comprado cinco en el Cairo, que se pudrirían en el entrepuente, á no haberlos descubierto yo, y hecho poner aquí en vez de los horrores que había... ¡Ah! ¡Dios mío! Vea usted cómo nos hace pasar, cerca de *Albatros*... ¡Esto es espantoso! Pero no... ¡Cómo ha gobernado!... ¡Ah! Buenas tardes, caballero...

Y saludó al Gran Duque, una especie de gigante de ancha cara, que aplaudió él mismo el triunfo de la *Jenny*, gritando con recia voz cuando los dos barcos estaban en la misma línea:

—¡Hasta el año próximo! Yo haré construir uno que venza á este.

—He tenido miedo—dijo Chesy á Marsh cuando éste, según su promesa, bajó del puente, una vez pasado el *Albatros*—. Hemos casi rozado al *Albatros*

—Estaba muy seguro del barco—respondió Marsh—; pero no hubiera hecho esto con Bohun.

Ya ha visto usted á qué distancia hemos quedado de él. Cuando los ingleses se ven á punto de ser vencidos, el amor propio les vuelve locos, y no hay nada de que no sean capaces.

—Eso es precisamente lo que ellos dicen de los americanos—respondió alegremente Ivona de Chesy.

La linda parisiense era probablemente la única persona á la que el dueño de la *Jenny* permitía una broma de este género. Pero Corancey tenía razón en lo que decía á Hautefeuille: cuando la maliciosa Vizcondesa hablaba, Marsh veía á su hija. No se incomodó, pues, por aquel epigrama contra su país, aunque de ordinario fuera muy susceptible cuando no se admitía que América no fuese en todo la nación más grande del mundo: «*Te greatest in the world*».

—¿Va usted todavía á atacar á mis pobres compatriotas?—dijo sencillamente—. Es una ingratitud. Todos los que yo conozco están enamorados de usted.

—Vamos, Comodoro, déjese usted de madrigales—respondió la joven—. No le sienta á usted bien esa dulzura. Lo mejor es que nos lleve usted á tomar el té, que ya debe estar servido. ¿Verdad, Gontrán?

—Son asombrosos—dijo miss Marsh á media voz, cuando su tío y los Chesy estuvieron á algunos pasos de ellos y cerca de la escalera que conducía al salón—. Están como en su casa...

—No tengas celos—dijo la señora de Bonnacorsi.

—En Génova van á sernos útiles entreteniéndome al terrible tío...

—Si estuviese ella sola, menos mal—respondió Florencia—. Es divertida y agradable. ¡Pero él! No

sé si esto depende de mi sangre de hija de la gran República; pero no puedo aguantar á los nobles que encuentran el medio de ser insolentes haciendo el oficio de parásitos y de criados. Y lo que más me molesta es que ese señor se impone á mi tío.

—Chesy no es más que el marido de una mujer bonita—dijo la señora de Carlsberg—. A tales maridos se les permite todo á causa de sus mujeres y se convierten en niños mimados. ¿Bajan ustedes? Yo me quedo aquí. Hagan el favor de enviarnos el té... Digo enviarnos porque deseo que me haga usted compañía—añadió volviéndose hacia Hautefeuille—. Cocozco á Chesy. Ahora que la regata ha acabado se hará interesante de un modo atroz, con ínfulas de propietario del yate... Felizmente, yo le protejo á usted. Siéntese usted aquí.

E indicó al joven otro sillón al lado del suyo, con esa gracia tierna é imperativa con la que una mujer que ama, y que debe contenerse á causa de los testigos, sabe expresar toda la pasión que no puede demostrar. Los enamorados del género de Pedro Hautefeuille tienen, para obedecer órdenes de esta especie, ademanes casi religiosos, que hacen sonreír á los hombres, pero no á las mujeres, porque éstas saben que tal devoción en los detalles más nimios es el verdadero signo de la idolatría. Ni miss Marsh, ni la señora de Bonnacorsi, pensaron en burlarse de la actitud del joven. Pero al alejarse, con esa instintiva complicidad que las mujeres más honradas conceden á las novelas de las otras, decían:

—¡Corancey tiene razón! ¡Cuánto la ama!

—Sí... Hoy es feliz. Pero... ¿y mañana?

¡Ah! ¡Mañana! En esa misteriosa y peligrosa expiación de todas las culpas de hoy, no pensaba el joven, en tanto que la *Jenny* continuaba avanzando por la superficie del mar, libre ahora, pues la *Dalilah* y el *Albatros* se perdían ya á lo lejos, como también la costa. Unos cuantos movimientos más de la máquina, algunas vibraciones de la hélice; y en torno de ambos amantes no habría más que aquel agua moviente, y aquel cielo inmóvil, en el que el sol comenzaba á descender. Esos crepúsculos de las hermosas tardes de invierno en Provenza son horas realmente divinas antes que el brusco frío de la noche hiele toda la atmósfera y oscurezca el paisaje. Ahora que los demás huéspedes del yate habían bajado al comedor, parecía que los amantes estaban solos en el mundo, sobre una terraza flotante entre los arbustos y los perfumes de las flores. Un criado, especie de ágil y silencioso geniecillo, había colocado cerca de ellos la mesita para el té, con una tetera de plata, en la que se veía, como sobre las tazas y los platos, e fantástico blasón adoptado por Marsh. un ojo de puente sobre una laguna. *Arch on Marsh* Este juego de palabras, del gusto del que había presidido en el bautismo del barco, se leía bajo el escudo. El puente estaba en oro, la laguna en sable (1), el fondo en plata. El americano cuidábase poco de los disparates heráldicos: negro, rojo y blanco eran los tres colores de su pabellón, y aquel blasón con aquella divisa significaba, en su pensamiento, que su camino

(1) Signo que en los escudos representa el color negro. (N. del T.)

de hierro, célebre, en efecto, por lo atrevido de sus viaductos, le había salvado de la miseria, representada allí por la laguna. Inocente simbolismo que mejor hubiera convenido al imaginario puente fabricado con sus sueños, y colocado por los dos amantes en aquel momento encima de los lodazales de la vida. Hasta la merienda improvisada acababa de dar á aquel fugaz momento un encanto más íntimo, algo como la ilusión de un hogar en que ambos hubieran vivido juntos en la voluptuosidad no interrumpida de la continua presencia, y esta era la impresión que el joven traducía en alta voz cuando hubieron gozado un poco de su soledad en silencio:

—¡Qué hora más dulce!—dijo—; ¡tan dulce como jamás la soñé! ¡Ah, si este barco fuera nuestro, si pudiéramos ir así por muchos días, usted y yo, hacia esa Italia, que no querría ver más que en compañía de usted, hacia esa Grecia, de donde ha tomado usted su belleza!... ¡Qué hermosa es usted y cuánto la amo! ¡Dios mío! ¡Si este instante no terminara nunca!

—Todos los instantes terminan!—respondió Ely entornando sus ojos garzos, á los que las palabras del joven habían hecho asomar una expresión de éxtasis. Y después, como la reacción de una de esas profundas emociones, casi dolorosas á fuerza de ser tiernas, mostrando una coquetería infantil, dijo: —Mi vieja institutriz alemana me decía siempre, mostrándome los pájaros del parque Sallach: «Es necesario parecerse á ellos, y como ellos estar contentos con las migajas, porque en realidad, en la vida no hay más que migajas.» Me he jurado no permitirle á usted, no permitirnos, caer en la horrible tristeza.

Recalcó estas dos palabras, tierno recuerdo sin duda de una frase pronunciada varias veces entre ellos, y que ya tenía su sitio propio en su idioma sentimental. Volvióse luego hacia la mesa y comenzó á preparar las tazas, añadiendo: —Tomemos nuestro té juiciosamente, y seamos tan *gemuthlich* como los buenos burgueses de mi país.

Al hablar así tendía una de las tazas á Hautefeuille. Tomóla el jóven, limitándose á rozar con sus dedos la fina y delgada mano que se la servía con ese placer de los pequeños detalles, de tanta dulzura para las mujeres realmente enamoradas. Aquella sencilla caricia hizoles cambiar una de esas miradas en las que parece que dos almas se tocan, se funden, se absorben por el magnetismo del deseo. Callaron de nuevo, no dejando llegar á ellos más que la impresión de su común fiebre, tan enervadora en aquella atmósfera impregnada de los olores marinos y del aroma de las rosas, en medio del rumor de la inmensa palpitación del agua. Para que se comprenda la vibración intensa que una simple caricia despertaba en ellos, preciso es añadir que aún no eran amante y querida, en el sentido real de estas palabras.

Si la inocente Luisa Brión, que había abandonado á Cannes á fin de no asistir á la caída, para ella cierta, de su amiga, hubiera sospechado la verdad de aquella extraña situación, tal vez hubiera procurado luchar todavía.

Durante los quince días transcurridos desde la repentina confesión de la señora de Carlsberg, se habían dicho, se habían repetido que se amaban, habían cambiado besos hasta dejar el alma en ellos, cartas

tan locas como estos besos; pero no se habían entregado por completo el uno al otro. En las novelas no hay etapas entre el instante en que dos amantes se confiesan su amor y la posesión completa. En la realidad suele acontecer de distinto modo. Todas las mujeres coquetas lo saben, y también todos los amantes delicados, cuyo corazón no está corrompido ni por el orgullo ni por el libertinaje, y para los que la voluptuosidad de las supremas caricias no es cosa gustosa en condiciones brutales. Esta delicadeza era aun mayor en Hautefeuille por la timidez particular de los hombres románticos y castos, que han llegado á los treinta años sin conocer la vida sensual más que por los fríos y raros encuentros de galantería banal, pronto seguidos del hastío y del remordimiento. Esos escrupulosos que han deseado, sin conseguirlo, permanecer vírgenes para su verdadero amor, cuando al fin le encuentran, son presa de una emoción tan profunda que les paraliza. El irresistible instinto de la naturaleza les obliga, ante una mujer idealmente amada, á soñar con caricias semejantes á las recibidas de criaturas indignas, asociación de imágenes que les ofende en lo más delicado de su amor, como profanación indigna.

Por esto, en la familiaridad de aquellos quince días, Pedro no se había atrevido á pedir una cita más íntima á aquella mujer que se le había entregado por la sinceridad de su confesión.

Para escapar al espionaje de la vida mundana de Cannes era preciso emplear recursos y procedimientos, cuya sola idea le repugnaba. Cuando ella le hubiera pertenecido por completo, ¿estaría ligada á él

por lazo más estrecho que por aquel beso del primer instante? Cuando ella le había dicho «nos amamos», las manos en sus manos, sus ojos en sus ojos, y él se inclinó hacia ella, desfallecido por una dicha que creyó que lo mataba, juntáronse sus labios. Contemplándola en aquel instante, sobre el puente solitario del yate, Pedro temblaba aún viendo la sonrisa de aquella boca, de la que sentía sobre la suya el delicioso y fresco contacto. Viéndola tan esbelta, tan joven, con su talle, donde se percibía toda la nerviosidad de una mujer superior, recordaba aquel abrazo con que la oprimió dos días después de su confesión en el jardín de su propia quinta. Háblale ella llevado, con pretexto de hablar, hasta un mirador con dobles columnas de mármol, desde donde se descubrían el mar y las islas. En el centro, en un espacio cuadrado, extendíase un *patio* de gigantescas camelias. El suelo estaba cubierto de pétalos rojos, rosa y blancos, caídos de las ramas, y otras flores de los mismos colores brillaban entre la sombría y luciente hojarasca. Allí la tuvo por vez segunda en sus brazos, más cerca de él aún, y todavía más cerca en un rincón perdido de la adorable quinta *Ellen-Rok*, en Antibes. Fué á verla en uno de esos raros momentos que ella pudo robar á las ocupaciones de su rango. Llegó, vestida de color malva, por un sendero bordeado de cinerarias azules, de pensamientos amarillos y de anémonas y violetas. Los próximos rosales impregnaban el ambiente de un aroma parecido al de ahora, y los dos sentados sobre el matorral, bajo los pinos que bajan hasta la extremidad del parque, hacia una pequeña ensenada, él apoyó su frente sobre el cora-

zón de su idolatrada compañera de paseo. Ahora, con sólo mirar su busto joven, parecía escuchar el profundo latido de aquel corazón, y sentir contra su mejilla la divina forma de su seno. Todos estos recuerdos—á más de otros tan vivos y conmovedores—mezclábanse á su emoción presente para darla una amplitud que casi traspasaba las fuerzas de su sér; algo como una ola inmensa le llevaba al momento, muy próximo, en que Ely sería suya por completo. ¿Qué hombre que haya amado y respetado á la que ama no recuerda, con un eternecimiento que le hace mal, los instantes de esa inexplicable dulzura de la certeza del *antes*, más conmovedora, más poderosa que el *después*? ¡Pero también son pocos los que, como Pedro Hautefeuille, pueden asociar á aquella exquisita sensación la decoración de una Naturaleza luminosa, inmensa, y en la que existen todos los soplos vivificantes del mar y del cielo! ¡Y cuántos más pocos aún, aquellos para quienes la criatura inolvidable y única, «la primera querida verdadera», ha tenido el atractivo de ser la extranjera, la mujer misteriosa y hechicera, como una flor que no se ha respirado ó una música inesperada! Esta diferencia entre Ely y las demás mujeres que Pedro había encontrado, acababa de adormecer en el alma del joven el inocente remordimiento de sus pasadas experiencias, como olvidaba también el fondo criminal de su amor lo que debía envenenar aquella hora tan dulce. Ely era casada. Se había entregado á un hombre, y no tenía el derecho de entregarse á otro mientras él primero existiera. Aunque Pedro no fuese bastante religioso para respetar en el matrimonio el misticismo